

LIBERTAD, SUBJETIVISMO IDEOLÓGICO E IGUALDAD DE OPORTUNIDADES

POR

J. GIL MORENO DE MORA.

Ludek Pachman juega al ajedrez con talento suficiente como para haber "vapuleado" (según refiere Fernando Monegal en la *Vanguardia* de 12 de octubre de 1975) nada menos que a Fischer. Ludek Pachman era también Jefe de Propaganda y Educación del Sindicato marxista checo. Ludek Pachman es hoy, tras la Primavera de Praga, miembro de la Democracia cristiana alemana y ahora dice cosas bastante curiosas (leo): "Las revoluciones, en el mejor de los casos, logran lo mismo que si se hubiese empleado una evolución moderada y continuada; en el peor de los casos, lo destruyen todo". —No está nada mal, pero sigo leyendo en *La Vanguardia*: "Al igual que mi camarada Soljenitsin exclamé: "No puedo seguir viviendo con la mentira"—. A lo cual Fernando Monegal objeta: "Me gustaría que precisara qué mentiras encuentra usted en el pensamiento de Carlos Marx". Y Ludek contesta: "En primer lugar, Dios no se puede rechazar. En segundo lugar el marxismo no encaja con la actual evolución de las ciencias, y no tiene lugar ante los avances de la humanidad. No ha habido nadie, ningún régimen ni ningún estadista, que haya sabido conjugar la teoría marxista con una praxis". No tiene nada que ver con esta ponencia pero es tan estupendo que no puedo dejar de leerlo. Y sigo leyendo porque ahora sí que tendrá que ver con mi tema "... Mi ideal es una democracia con autoridad que garantice el orden público y la solidaridad entre las clases". —A lo que sigue objetando Fernando Monegal defendiendo el evangelio según San Marx: "¿No es entonces partidario de la abolición de estas «clases»?". —"Su pregunta es difícil, contesta Pachman— y la lleva usted de un modo estratégico. Le

hablaré claramente: eliminar las clases es eliminar la capacidad de los hombres de desarrollar sus posibilidades" ... Monegal insiste: "Luego, siguiendo el hilo de sus pensamientos, llegaremos al fatal punto de que los hombres no somos iguales "avant la lettre". — Pachman responde: "Hay hombres con capacidad de dirigentes, y otros sin esa capacidad. Las capacidades son distintas, y por eso igualar a todos es imposible". Sin embargo, Fernando Monegal ha oído todo lo que se divulga sobre igualdad de oportunidades y sigue objetando: "Pero igualar las «posibilidades» para que cada uno demuestre si está capacitado o no, me parece que ya no es tan difícil". — A lo cual corta Pachman con bastante razón: "Esta discusión nos llevaría demasiado tiempo". He aquí por qué no creo poder decir gran cosa durante cuarenta minutos sobre este tema que ni es mi especialidad ni me gusta, porque lo considero basado *en un gran absurdo*, el de la "Egalité" de la Revolución Francesa.

Yo descubrí, hace algún tiempo, que tengo vocación de súbdito, por lo menos en el terreno político. Sí señor, me encanta que haya quien se encargue de tomar sobre sí el trabajo de pasillos, visitas, conversaciones, pactos, reuniones, discursos, etc., característico de los políticos actuales y que a mí personalmente me destroza los nervios acaso porque me lo tomaría demasiado en serio. Pero además, es que me doy cuenta de que deseo con toda mi alma tener al Jefe Nacional, al Rey que en lo político me dé aquella sensación que me daba mi padre cuando llegaba a casa y yo era niño, que con él se arreglaría todo, que él se encargaba de resolver los problemas y de defenderme.

Y creo que la mayoría de las gentes tienen vocación de súbdito porque aunque se diga fácilmente en charla de café: "si yo fuera ministro ...", lo que la mayoría desea es poder hacer su vida en paz, con su familia, sus diversiones, sus negocios, sus amigos, etc., cosas que se han de sacrificar a menudo cuando se está en tareas de mando. Pero ni siquiera en esa vocación general hay igualdad, pues cada uno tiene sus gustos, aficiones y cualidades propias que lo diferencian de los demás. Con la "egalité", la realidad es que el mundo resultaría verdaderamente aburrido, y además muy poco útil

porque faltaría ese principio de la *Complementariedad* social, indispensable para su auténtico progreso.

En toda esa demagogia de la igualdad de oportunidades se mezclan dos conceptos totalmente distintos de la vocación: el concepto auténtico y el concepto adulterado. Yo llamo concepto auténtico a eso que empieza cuando un niño declara que quiere ser bombero. Es la vocación de hacer algo importante en la vida, como ese bombero que en la película atraviesa mares de fuego heroicamente para salvar a la indefensa dama o criatura amenazada, porque todos tenemos o por lo menos hemos tenido la vocación de héroes, vocación "llamada" real, que Dios dirige a todos los hombres en particular y que luego cuaja dentro de las inclinaciones, los talentos, los dones y las capacidades que recibimos y desarrollamos. Lo que decía Louis Armstrong al hablar del "don" que tenía para la trompeta: "You have a gift man, and you do'nt neglect it", "tienes un don, hombre, y no debes descuidarlo". Con esta vocación auténtica un hombre escoge su actividad por amor al oficio y rinde porque entonces no le importa hacer horas extra sin cobrarlas. He comprobado que quien tiene verdadera vocación, firma el talón en blanco, quiero decir que está dispuesto a pagar el precio que se le exija *por* conseguir su fin; y de éstos, yo no conozco ninguno que haya dejado de llegar a ser lo que se propuso, porque se lo propuso de veras. Pero, a veces, el talón en blanco se rellena con un precio verdaderamente caro y muchos son los que entonces fallan, se desinflan, y entre amargados y escépticos se dirigen hacia lo que no cueste tanto. Estos suelen hablar mucho de la igualdad de oportunidades.

En cambio, yo llamo concepto adulterado de la vocación ese concepto que hace escoger a tantos estudiantes una carrera simplemente porque con ella piensan ganar más dinero o subir de categoría social. Esta vocación de ambición (que no es verdadera vocación sino *concupiscencia*) la tenemos todos casi sin excepción, ¿a quién no le apetece ser más rico o más importante? Los que tienen este concepto de la vocación no paran de hablar de igualdad de oportunidades y *lo que* esconden tras ello es una idea de igualdad de disfrute, cosa material compuesta de bienes y riquezas para gozarlas y tenerlas, y cuando del dinero se trata para hacer cosas, como

viajar, esquiar y hasta fornicar. El safari, el yate, el coche deportivo, Las Vegas y París bien encendido, normalmente según unos tipos de deseos popularizados por el cine, las novelas y la televisión, especialmente en sus "spots" publicitarios. Prototipos de cosas y actos que definen lo que puede ser un hombre feliz siempre que se conceda que la felicidad es igual a bienestar.

Muchos políticos, filósofos y legisladores son tremendamente responsables de este asunto, ya porque estén verdaderamente convencidos de que Bienestar = Felicidad, desde un materialismo profundo, ya porque recordando lo de "panem et circenses" piensan que con esta doctrina tendrán bien tranquila a la fiera o masa popular, que así dejará a los pocos conscientes en libertad de establecerse cómo y dónde les dé la gana dentro de la escala social. Por ello, los tales filósofos desarrollan un concepto de libertad vinculado al apetito: "lo que me da la gana", libertad entonces prácticamente opuesta al concepto cristiano de "poder optar por el bien en circunstancias concretas". Ya no es la libertad interna, espiritual, profunda e inalienable, sino algo exterior, material, superficial y especialmente alienable, ya que no hay cosa que podamos perder más fácilmente que los bienes materiales y las riquezas. Tampoco en lo político la libertad responde así a las ideas de simple sentido común, porque en lugar de ser un derecho a actuar en función de unas capacidades concretas se convierte en un "standard" de cosas que, dando bienestar, definen la libertad como el poder gozar de dicho bienestar. Y, naturalmente, hay quien obtiene especial provecho sobre todo cuando accede al lugar donde se puede definir, como ahora se hace en Suecia, cuáles serán los bienes que todos han de disfrutar ni menos, ni tampoco más. Salleron, en su trabajo "El modelo sueco" da datos aterradores, pero como pudiera parecer tendencioso de derechas este autor, recomiendo que se repase lo que se ha publicado en *Paris-Match* este año a propósito de Suecia.

En Suecia todo el mundo está obligado a vivir de una determinada manera con cierto tipo de vivienda, espectáculos, electrodomésticos, sexo, etc. Pero los impuestos se encargan de hacer prohibitivo el tener una casa original que no responda al modelo. Todo lo que valore de alguna manera la personalidad está rigurosamente

prohibido, perseguido y censurado. Es el único país donde muchas obras no han sido traducidas por considerar que exaltan la personalidad y esto rige sobre teatro, ópera, cine, novelas, poesía y las Bellas Artes. Desde los cinco años, y al parecer pronto será desde los tres, todos los niños están obligados a ir a la escuela donde el programa es rigurosamente oficial desde la iniciación sexual más pornográfica hasta la asignatura de religión con texto oficial único, que expone que "la religión es una neurosis obsesiva ligada a características infantiles", con amplio apoyo en la óptica marxista y psicoanalista. En estas escuelas el espíritu de competición es sistemáticamente combatido a favor de lo colectivo. El ya muy célebre Olof Palme proclamó (antes de sus cuestaciones): "No se va a la escuela para lograr un resultado personal sino para aprender a funcionar como miembro de un grupo". Se *fabrican* hombres de pensamiento colectivo según el tipo Huxley. El Estado finge que las cadenas de radio, prensa y televisión son de iniciativa privada, pero el Ministro de Educación Organ Walquist, puede decir por la pequeña pantalla sin disimulo: "los suecos son intelectualmente primitivos y subdesarrollados (él se lo dice) y como la T.V. hace nacer una vida emotiva e intelectual, *crea* emociones. Es, pues, instrumento de formación de la opinión". Hay muchos otros datos que me dejo para no alargar, pero vamos a ver los resultados de tan idílico e igualitario sistema.

A pesar de vivir obligados en pisos, el 70 % de los suecos constatan en las encuestas que prefieren casas separadas. La tasa de suicidios es de 22/1.000, inferior sólo a Hungría, Finlandia y Austria, superior a Inglaterra y Estados Unidos. El 25 % de la población sueca está o ha estado bajo tratamiento psiquiátrico; Suecia es segunda en jóvenes drogados del mundo y primera de Europa, e igualmente en delincuencia juvenil. No se pueden dar cifras de abortos y divorcios, porque ya ni se toman, por excesiva frecuencia. Pero lo más curioso es el resultado de la igualdad de oportunidades en lo político y económico: unas cinco grandes familias, como la tan conocida de los Bonnier (judíos), dominan toda la vida económica como revela Roland Huntford, corresponsal del *Observer* en Estocolmo, en su libro "The New Totalitarians" (1972 New York) y

a este supercapitalismo se adjunta un equipo político casi permanente de unas 600 personas que dominan los engranajes del Estado.

A la vista de estos resultados se puede afirmar que la igualdad de oportunidades revolucionaria es un sistema para que nadie pueda sobresalir de la masa amorfa colectiva, y para que nadie pueda estorbar a la minoría verdaderamente dirigente, más pequeña en este caso que en cualquier otro régimen. O sea, que es una de las más perfectas herramientas para el mayor totalitarismo.

La desgracia es que el Modelo Sueco está teniendo muchos fervientes admiradores, desde Giscard de Estaing hasta ciertos españoles que no voy a nombrar. Es que la propaganda es fácil sobre todo andando la cuestión sexual tan metida de por medio. Un síntoma lo representa la conversión paulatina del dinero en símbolo de la libertad. Esa moneda que antes tenía la misión única de hacer comparativos los valores de las cosas diferentes entre sí se ha convertido en el medio de poder hacer o tener algo. Quien no lo tiene es el esclavo. Los "spots" publicitarios lo proclaman sin disimulo: "... ha triunfado en la vida". Volvemos al concepto de libre y esclavo anterior al cristianismo, donde libre era el vencedor y el esclavo el vencido. Es curioso comprobar la irritación que muestran los poderes públicos ante la mera idea de una empresa autónoma, una familia que viva por sus propios medios, o simplemente un ciudadano que desprecie el dinero; por eso se persigue sañudamente al campesino, que es el único capaz de adquirir por sí mismo un cierto grado de autonomía.

El modelo sueco puede definirse como una realidad perfecta de un socialismo democrático, capitalista y liberal, por lo que nadie debe sorprenderse de que también resulte oligárquico, totalitario, burocrático, tecnocrático y corporatista al estilo fascista. Esta paradoja no lo es, porque la lógica más rigurosa encadena lo socialista con lo oligárquico o lo democrático con lo totalitario, a pesar de que la gente no se haya enterado todavía. Y esto es lógico únicamente por la perversión de los conceptos mismos de derecho y libertad.

Nuestro querido amigo Michele Sciacca en su último artículo titulado "El derecho como privilegio" comenzaba diciendo, que si se admite que cualquier ley moral es limitativa de la libertad, y

que toda recompensa aun honestamente obtenida además de la inteligencia engendran discriminaciones intolerables, si se admite que por ello deben ser perseguidos como enemigos públicos porque es un dogma el igualitarismo absoluto, resulta el absurdo de que todos tienen derecho a todo sin obligación de rendir cuentas a nadie y no existe ya nada (aun lo perverso) a lo cual no se pueda aspirar a tener derecho. Entonces se niega que la justicia consista en otorgar a cada uno lo suyo. El derecho ya no es ley racional, facultad de obtener y usar un bien en provecho personal y de la comunidad. Y la justicia tampoco es reivindicación y defensa de los derechos personales o inherentes a la persona. Como la ley es parte de este derecho el cual a su vez es el fundamento de la ley y sirve para juzgarla, también ha de quedar pervertida radicalmente. Porque, explica Sciacca, a cada derecho en realidad corresponde un deber. Sin deberes y sólo con derechos, el hombre está "liberado", "desalienado" de todo y de todos; en ese caso "el deber no existe y la obligación moral no es otra cosa que la inclinación al placer" añade Sciacca citando a Rosmini.

En este punto, en cuanto a lo práctico, tropezamos con el clásico proceso libertario de la Revolución Francesa: primero, se afirma lo que describe Sciacca la libertad libertaria sin cauces, ni forma, ni límites. Esta, entonces, resulta imposible por tropezar pronto cada "me da la gana" con otro "me da la gana" del vecino. Síguese entonces el período liberal que afirma libertad sin límites, pero sólo para aquel que pueda buenamente conseguirlo, envuelto este período liberal en nebulosas especulaciones siempre a favor de los que tienen el poder y la riqueza, o sea que han conseguido esa libertad. A este período reaccionan los comunistas negando, finalmente, la libertad individual y afirmando la libertad del colectivo (el Estado en Hegel) como única viable. Y, al cabo, como ese colectivismo está en manos de unos administradores políticos y económicos privilegiados, concluye por imponerse, bajo varias fórmulas vagas y etiquetadas siempre de democracias, la dictadura de un totalitarismo y un absolutismo sin límites, como puede comprobarse hoy en día en todos los países del Este. Con lo cual la perversión explicada por Sciacca concluye dando al hombre lo más contrario a

la teoría que se le propuso en una *praxis* sin libertad real. Y, el hombre, como abundantemente demuestran todas las experiencias conocidas, termina por encontrarse en abstracto poseedor de todos los derechos y libertades, pero en lo concreto privado de todos ellos, ya potencialmente, ya de hecho consumado. En esta situación aparece también lo que Sciacca describe como una sociedad modelo de sociedad injusta, la sociedad en la que desligado el derecho del deber aparece como norma el "privilegio", o sea la excepción a la ley: el derecho al trabajo para quien no trabaja o lo hace mal, el derecho al estudio para quien no se esfuerza en estudiar, etc. Jungla de injusticias, sociedad que se destruye a sí misma, dice Sciacca, que como todas las sociedades injustas clama contra la injusticia y los privilegios anhelando llevar a la horca a los privilegiados ..., sociedad del resentimiento, la envidia, el odio y el asesino oculto. Una sociedad donde no existen ciudadanos ni hombres, puesto que nadie sabe gobernarse a sí mismo ni obrar de acuerdo con principio alguno. La igualdad en la anarquía de los privilegiados —concluye Sciacca—: he ahí un modo de vida inédito, que será póstumamente conocido tras la muerte de toda vida humana.

Sin embargo, yo creo que si volviéramos a estudiar el concepto de vocación auténtica del que hablé al principio podríamos ver que hubo tiempos de bastante auténtica igualdad de oportunidades, pero no en los períodos revolucionarios, ni tampoco en esos otros períodos postrevolucionarios en los que los autores de la revolución, después de conseguir su éxito se vuelven radicalmente conservadores, sino en los períodos durante los cuales los pueblos están sanos y piensan en su edificación duradera. Son esos períodos en los que ha existido una aristocracia abierta, que permitía la promoción permanente de los valores auténticos humanos a los mandos de todos los niveles según la capacidad demostrada. Uno de esos tiempos se conoció en España durante la primera parte de la Reconquista. Se cuajaron entonces unas élites que eran verdadera garantía para la Nación, y la expresión de "con vida y Hacienda", aplicada a la ayuda que los nobles daban al Rey, en quien la nación se personificaba, no era un mero simbolismo, sino que a menudo la abnegación por el bien nacional exigía de las aristocracias el llegar a la muerte

y a la ruina. Cuando se repasa ese período heroico estremece el contemplar la acción de los nobles catalanes y castellanos, colonizadores y guerreros, campesinos y políticos, lanza y azada, verdaderos fundadores de una sociedad estructurada y coherente. Más tarde las aristocracias se cerraron e impidieron la llegada e incorporación de nueva sangre y nuevos valores, habiéndonos quedado la imagen reciente de esas decadencias, de tantas familias nobles que enrareciendo su sangre con enlaces entre parientes y defendiendo antes sus privilegios que sus deberes y funciones, dejaron de ser los verdaderos "mejores" que la palabra aristocracia "gobierno de los mejores" exige.

Por lo mismo que la mayoría de los hombres tiene vocación de súbdito ante las altas tareas de gobierno (malo si así no fuera), las aristocracias surgen siempre aunque no con igual calidad. Todos los países fuertes aunque sean de organización y régimen republicano, socialistas o comunistas, concluyen teniendo aristocracias más o menos administrativas, del partido, tecnocráticas o burocráticas, militares, industriales, intelectuales y culturales porque aún no ha nacido quien pueda derogar esa necesidad aristotélica de los pueblos. Y precisamente lo que puede aclarar cuáles son los verdaderos valores *es esa competición* que Suecia y el socialismo abominan, el esfuerzo en la prueba dura, las oposiciones difíciles, porque los mejores son, en realidad, los que firman el cheque en blanco y pagan el precio caro.

El desastre de la actual demagogia sobre la igualdad de oportunidades es que, en realidad, los mandos instalados no la desean, promueven por tanto la mediocridad como ideal, rebajan la dificultad de las pruebas, facilitan el aprobado en las carreras, aniquilan las personalidades sobresalientes y no dejan porvenir más abierto al ingreso en las aristocracias necesarias que los nobles decadentes lo dejaban al cerrar su nobleza. Y esta mediocridad, cuya propaganda invade la escuela es la asesina del héroe, pues comienza diciéndole al niño ilusionado que quería ser bombero: nada de fuego, nada de acciones personales, todo en equipo; la técnica apagará las llamas, tu sólo tienes que ser uno del montón ... Y muere la ilusión en una infancia que es amarga ya antes de la pubertad porque le

han prohibido ser heroica. Con el asesinato del héroe se realiza la muerte de las vocaciones, serán unos psicólogos y unas computadoras las que decidirán la vocación y la tarea de cada futuro hombre que ya nadie podrá llamar vocación.

Para mayor *inri* la campaña antimilitarista general da la puntilla a todo conato de heroísmo. El militar-funcionario, como el policía, el juez o el sindicalista serán los hitos del triunfo del modelo sueco. Y que nadie se extrañe de que una juventud sin otro ideal que el ser uno más en el montón, se desespere y acuda a las posturas más violentas de todos los extremismos subversivos, las drogas, la delincuencia y el asesinato antes del suicidio final, porque el corazón vacío y sin fervores ya está muerto "avant la lettre" como diría Fernando Monegal.

Toda esta maraña de pensamientos equivocados sólo necesita un poco de sentido común aplicado: que todos los hijos lo sean igualmente nadie lo discute, y la igualdad de la dignidad en cada hombre como criatura de Dios y mensajero Suyo, como dice Saint Exupery, es indiscutible y sólo esa paternidad común la fundamenta. Pero cada hijo es diferente para suerte de la familia humana, que así cubre un amplísimo abanico de capacidades imposibles de reunir en un solo hombre. Cuando decimos que todos tenemos vocación de súbditos también hemos de decir que tenemos vocación de jefes, sea cual sea el escalón de la vida donde nos toque ejercer nuestra responsabilidad y nuestra capacidad. Yo soy rey en mi casa, lo soy en mis máquinas y en mis campos, rey con toda la responsabilidad que supone tal título hacia las cosas y las personas; rey es el labrador de su arado, rey el tornero en su torno, rey el capataz sobre su equipo o brigada, como rey es el director en su empresa y el capitán en su batería; pero también todos súbditos como súbditos son los ministros del rey, *como debe ser súbdito el mismo rey ante Dios y ante Su Pueblo*. Una lógica sociedad es una sociedad de Reyes-Súbditos. Exactamente lo contrario de lo que el socialismo propone, una sociedad de liberados-sin libertades. Algo de simple sentido común.

Y en cuanto a la igualdad de oportunidades, yo diría que la verdadera consistiría en una igualdad de grandes dificultades coronada por la promoción de los mejores, más selectiva y aunque al-

guien me tire piedras, más discriminatoria. Las antipáticas influencias que consiguen puestos inmerecidos, los despotismos y la corrupción de quienes conceden cargos y lugares de mando no tienen que ver nada con lo que estamos diciendo, por supuesto. Pero sí es cosa que hay que resaltar el que una verdadera igualdad de oportunidades para el bien social ha de ser igualdad de dificultades, donde cada aspirante haya de dar lo mejor de sí mismo para poder superar la prueba y acreditar su capacidad al cargo, porque es de simple ley natural como la de selección natural de las especies resistentes que sólo el obstáculo distingue al mejor de los demás, sólo la competición, la lucha tanto en las disciplinas físicas como en las intelectuales, es la que permite elegir al mejor. Algo así hace la reina de un panal cuando para la fecundación, asciende hasta que sólo uno de los machos sobrevive y resiste, y hace esto aunque para ello tenga que alcanzar los niveles en que vuelan los reactores supersónicos como se ha comprobado. No es, pues, facilitando y rebajando el nivel de las pruebas, exámenes y oposiciones como se consigue una verdadera igualdad o mejor justicia de oportunidades, sino al revés, es haciendo que las pruebas sean verdaderamente discriminatorias a favor del más capaz, o sea endureciéndolas y dificultándolas aún más. El Notario que haya pagado el precio de una difícil preparación a sus oposiciones será el conveniente, y no al revés.

En resumen y conclusión, diremos que contra la demagogía de la igualdad de oportunidades (o de posibilidades como decía Fernando Monegal), debemos hablar de una justicia de oportunidades. Claro que la sola palabra Justicia es menos agradable que la demagógica "Egalité"; porque además, en un criterio de justicia de oportunidades, no sólo se ha de tener en cuenta el sujeto que la recibe sino la conveniencia de toda la sociedad que necesita la promoción no del bueno, sino del mejor. Esto puede parecer impopular y poco oportuno a ciertos hombres de la política actual, tan acostumbrada a sinuosas untuosidades, pero se equivocan. El porvenir (tantas veces se dice) está en nuestros jóvenes y es cierto. Nuestra nación será lo que ellos sean. Puen bien, si queremos de verdad atraer a esa juventud o por lo menos a lo mejor de ella, podemos estar bien seguros de que no serán los programas facilones, la proclamación

del antiheroísmo, ni la promoción de los mediocres la que tendrá poder de convocatoria. Por el contrario, lo que la atraerá será el que le digamos desde la infancia que el querer ser bombero es cosa no sólo buena sino estupenda, que ha de desear hacer algo grande y difícil, que ha de prepararse para la lucha y la competición y el heroísmo aunque ese heroísmo las más veces no tendrá medallas, sino penas y trabajos, pero que por eso es válido, porque no todos lo pueden alcanzar sino sólo los mejores.